

La calidad de la no-vida en Chile

Fernando Villegas D.

Fernando Villegas D.: Sociólogo y periodista chileno. Se inició como periodista en el diario "Las Últimas Noticias" de la cadena "El Mercurio", despedido junto a otros cien periodistas de ese medio por sus ideas democráticas. Actualmente se desempeña como redactor de la proscripta revista crítica "Cauce".

El experimento chileno intentó, a sangre y fuego, remodelar el país en función de valores y conductas consumistas que sólo podían ser cumplimentadas por una pequeña fracción de la población; sin embargo, el precio en mutilación de áreas enteras de la actividad humana y en crónicos atropellos a los derechos humanos ha sido pagado por toda esa población. A los once años de haber sido iniciado, el modelo se ha desplomado por su base, dejando un país altamente endeudado, industrialmente desarticulado, sin crecimiento y sin perspectivas. Medida en términos de su calidad, la vida en Chile ha sido brutalmente degradada, aún para las clases altas, ahora atrapadas en un nicho de trivialidad cultural y política, mientras a las bajas les resta la miseria absoluta.

Entre los años sesenta y setenta, los medios radicales que medraban en los campus universitarios o en el underground semi-industrializado de la bohemia hipster norteamericana atinaron con la acuñación de un nuevo término: la "calidad de la vida". Con ella quisieron poner énfasis en las feas consecuencias de un desarrollo económico desenfrenado que dejaba en su estela un medio ambiente degradado, y que no satisfacía ninguna necesidad real de quienes devenían, de personas, en funciones de consumo.

Independientemente de la suerte que le cupo años después a esa generación de críticos, paulatinamente asimilados al cuerpo de la misma sociedad que ponían entre paréntesis, el término quedó teñido para siempre de las connotaciones que derivan de su primitivo origen. "Calidad de la vida" semeja una expresión asociada a una - ahora lo parece - crítica básicamente acrítica, moldeada hasta el tuétano por el mismo consumismo que pretende denunciar: se trataría, en última instancia, de una forma de "consumismo ilustrado" promovido por quienes desearon, en el colmo de

su saciedad, convertir en mercancía debidamente empacada lo que hasta entonces era un producto meramente artesanal y desaliñadamente ofrecido: la naturaleza.

Sin embargo, haciendo abstracción de estos sobretonos, que no tienen fundamento teórico sino sólo anecdótico, el concepto "calidad de la vida" no sólo es adecuado para el análisis de la realidad en países como Chile, donde lo que está en juego es la supervivencia de la vida misma, sino que es precisamente el único enfoque capaz de dar un atisbo a la complejidad de los fenómenos que se han desencadenado como subproducto de la simbiosis entre los componentes de la "pobreza tradicional" y la ejecución de experimentos sociopolíticos sostenidos por la práctica de una violencia absoluta.

EL REINO DE LA ABSTRACCIÓN

La medición de lo ocurrido en el campo económico, de la salud, la educación, etc., en estos diez años en Chile ha sido efectuada - con mayor o menor distorsión, según el interés de los ejecutores - por medio de los índices tradicionales que para esos ítem existen.

La salud se convierte en una dimensión reflejada por índices tales como el número de camas de hospital por cada tantos habitantes, el número de atenciones hospitalarias al año, las tasas de mortalidad infantil y adulta.

La educación parece ser no otra cosa que cuántos niños reciben educación básica y secundaria, cuántos terminan el ciclo completo, qué porcentaje de ellos alcanza la universidad.

Finalmente, en el campo económico, parecen suficientes los tradicionales índices de empleo, tasa de crecimiento, ingreso per cápita.

Estos índices son adecuados para reflejar determinados aspectos de un determinado campo de fenómenos y ofrecen antecedentes fundamentales para la toma de políticas sectoriales; en conjunto, son incluso capaces de ofrecer un nivel aproximado de la situación de atraso, estancamiento o desarrollo en que se encuentra una sociedad; sin embargo, la suma de ellos y aún todas las posibles correlaciones en que puedan asociarse son incapaces para estructurar un cuadro conjunto de lo que es la vida en una sociedad dada, qué significa la vida en ella, de qué vida se trata, en definitiva.

En síntesis, preguntarnos acerca de la naturaleza de la vida en una sociedad no equivale a preguntarnos por su "nivel" de vida, término que parece congregar en una sola escala los símbolos cuantitativos ya señalados.

"Nivel de vida" sólo tiene sentido si previamente aceptamos el supuesto de que sus índices componentes cualquiera sea su número y exhaustividad - efectivamente están reflejando un aspecto dado de un algo que parece entenderse por sí mismo: "vida". Se da por supuesto que la vida es eso que se ofrece ingenuamente ante nuestra experiencia, y que sólo cabe, para aumentar nuestro conocimiento de ella, medir alguna de sus manifestaciones.

Es así como somos inmersos en un espectral universo de abstracciones que, cualquiera sea su utilidad académica y técnica para el cálculo econométrico y la evaluación de estrategias, deja absolutamente cercenada la cuestión de los significados, de los contenidos, de la experiencia vital, esto es, de lo que es la materia misma de la vida de los individuos concretos de una sociedad.

Sobre la base de la manipulación matemática de los índices de todas las dimensiones específicas que se desean, formas de existencia totalmente diferentes pueden aparecer como perfectamente igualadas, mientras lo inverso es igualmente posible.

LA DIMENSIÓN CUALITATIVA

Estas reflexiones no autorizan a postular, en reemplazo de índices cuantitativos, un concepto vago y romántico, inconcreto, sostenido en última instancia por la subjetividad de un observador, esto es, en un sistema de valores operando inconscientemente.

El concepto "calidad de la vida" se puede construir como un ente objetivo en tanto lo pensemos como un sistema en el que se articulen con una coherencia lógica y propia no sólo una multiplicidad de necesidades y actividades humanas consideradas como entes autónomos, capaces de ser reunidos o no por el arbitrio del observador, sino como elementos cuyo ser mismo depende de esa articulación. La calidad de la vida, entonces, no es un más o un menos de satisfacción abstracta derivada de un grado de satisfacción logrado en una suma de necesidades definidas previamente como índices; calidad de vida es el más o el menos de riqueza, esto es, de complejidad y sutileza que manifiesta una forma de vida en su totalidad como resultado de estar inserto en un marco orgánico de valores y medios capaces de mul-

tiplicar las apetencias y sensibilidades, y no sólo de satisfacer - apagar - un set dado de ellas.

Aún analizando este concepto desde un punto de vista puramente cuantitativo, resalta su diferencia con el modo tradicional de enfocar esta clase de problemas; en efecto, la cuestión ya no será dilucidar cuánto es satisfecha tal necesidad, sino determinar qué amplitud tiene el rango de necesidades que la sociedad concibe como tales, vale decir, como fines que deben y merecen ser alcanzados.

Es evidente que precisamente este concepto no tiene aplicación posible en el universo de un campo de concentración, porque en éste, entre otras cosas, el ser humano es reducido en función de una mutilación radical del conjunto de necesidades que se le atribuyen, y de la pobreza absoluta de los medios considerados adecuados para cubrir tales necesidades. Al contrario, pensando sólo en función del punto de vista abstracto del grado en que una necesidad ha sido satisfecha, el jefe del campo puede pensar cuán felices son sus inquilinos con que sólo verifique que las raciones alimenticias han sido otorgadas adecuadamente, y que los internados disponen del lapso de esparcimiento establecido por los expertos en productividad industrial.

LAS CIFRAS Y EL DISCURSO OFICIAL

La experiencia sufrida por Chile a partir del golpe militar de 1973 es un ejemplo adecuado de la inadecuación de los modos tradicionales de medir la realidad, en lo que ésta tiene de más esencial: la situación existencial en que se hallan sus habitantes.

Por cierto, aún estos índices tradicionales arrojan una ya conocida y fea imagen de los avatares terminales del modelo económico implantado a sangre y fuego.

Los datos son abrumadores: según estadísticas oficiales (Banco Central, Cuentas Nacionales), el ingreso nacional bruto de 1983 fue casi idéntico al de . . . 1960. Si tomamos los índices confeccionados por la Sociedad de Fomento Fabril organismo empresarial éstos reflejan una situación tan deplorable como la de la comparación anterior; en efecto, siendo un "100" la producción chilena al año 1969, la de 1983, luego de once años de feroz experimento, alcanzaba la cifra de "107,6".

Este fantástico logro le ha costado al país un endeudamiento de más de 20.000 millones de dólares, uno de los más altos - per cápita - del mundo. Y como consecuencia de este estancamiento crónico, la cesantía alcanza niveles del 30 por ciento, mientras se produce, simultáneamente, un dramático traspaso de excedentes desde los sectores más pobres a los más ricos.

Según datos oficiales (Instituto Nacional de Estadísticas), el quintil más pobre de la sociedad se apropiaba, en 1969, del 7,5% del ingreso nacional; esta cifra pasó al 5,2% en 1978. El quintil que lo sucede participaba con un 11,8% del ingreso nacional en 1969, pasando al 9,3% en 1978.

El quintil medio, que consumía 15,6%, se redujo al 13,6%, mientras el siguiente, ya definido como medio-alto, creció de un 20,5% al 20,9%. El quintil alto se llevó la parte del león: de su participación del 44,5% pasó, en 1978, al 51%.

Estos datos, por sí solos, muestran claramente los niveles de pobreza creciente en que se encuentra una mayoría de la población nacional, y quiénes son los beneficiados del régimen económico "chicagoísta". Sin embargo, todo ello no hace sino proyectar una pálida sombra de las condiciones reales, existenciales, en que se encuentran insertos estos diversos estratos de la población chilena.

Más aún, el régimen, manteniéndose en el nivel de la realidad tocable y palpable, puede argumentar que, al contrario, los sectores más pobres de la población viven objetivamente en condiciones superiores de vida que hace diez o veinte años.

Pueden señalar que entonces los sectores más pobres ahora llamados de "extrema pobreza"- vivían en un cordón de "callampas", de viviendas confeccionadas con cartones y hojalata, sin acceso a salud, alimentándose literalmente de basura y sin siquiera tener una existencia reconocida como ciudadanos, pues se encontraban al margen de la percepción social: no existían ni como agentes políticos ni económicos. Ahora, esos "callamperos" se han transformado en "pobladores", viven en casuchas de maderas producidas industrialmente y distribuidas por el gobierno, cuentan con algún acceso al agua potable, disponen, ocasionalmente, de servicios de salud (en la forma de "operativos de salud" montados por el ejército), y reciben, de tanto en tanto, paquetes con alimento y vestuario.

Medidas, pues, con un rasero estrictamente material, los sectores más pobres son los netos beneficiarios de un régimen que puede presentarse como empapado de preocupación social.

Utilizando similar nivel de análisis, esto es, midiendo el nivel de vida por la posesión de determinados medios para satisfacer también previamente determinadas necesidades, los estratos medios han disfrutado de claros progresos: automóviles, radios cassette, etc.

Cerrando el círculo, la ideología pinochetista, pasando revista a estos "logros", sostiene que en definitiva el país disfruta de mejores condiciones de vida, a despecho de una recesión a la que se conceptúa como una especie de plaga egipcia, absolutamente arbitraria, y que habría caído sobre un modelo hasta entonces exitoso.

DEGRADACIÓN DE LA VIDA

Si recurrimos, en cambio, a la noción de "calidad de la vida", el cuadro cambia radicalmente. Precisamente lo ocurrido en sectores poblacionales revela dramáticamente los niveles de no-vida implicados en el modelo socioeconómico imperante.

Por cierto, los "callamperos" de los años 50 y 60 no se convirtieron en pobladores sobre la base de una abnegada labor social del actual régimen, sino como resultado de un largo proceso histórico en el cual gradualmente se fueron valorizando como actores sociales.

Valorados, primero, como un contingente electoral movilizable, los "callamperos" fueron acogidos en los diversos planes de "promoción popular" llevados a cabo bajo esa denominación por la administración reformista de Frei, entre 1964 y 1970; tales pobladores, provistos de ciertos servicios y preocupación públicos, llegaron a ser una fracción importante del poder de voto que estuvo tras la aplanadora política puesta en marcha por la democracia cristiana, por cierto lapso.

A partir de entonces, se generaron cambios irreversibles; el poblador-votante devino actor social que exigía trabajo y mejores condiciones de vida. Comenzó a manejar su capacidad política en función de sus intereses, primero para obtener fines inmediatos, luego, ampliando su horizonte, para alinearse con políticas globales de transformación social, como ocurrió ya claramente en el período de la Unidad Popular.

Estas condiciones fueron heredadas por el gobierno militar, el que las ha enfrentado con dos estrategias muy distintas, pero complementarias: la violencia y el clientelismo. La primera estrategia se manifestó ya en los primeros días del régimen,

cuando en las zonas de poblaciones el ejército montó verdaderas operaciones militares, a la caza de extremistas, y con ingentes derramamientos de sangre. La segunda estrategia se puso en marcha apenas el gobierno se sintió consolidado, y ha consistido en el intento de controlar psicológicamente esos sectores populares por medio de un delicado equilibrio entre presión y favores laborales y sociales. Organos clave de esta estrategia han sido los "Centros de Madres", organizados alrededor de la figura totémica de la primera dama (Lucía Hiriart de Pinochet). Se intenta, con ellos, el control social y político de las mujeres de tales sectores sociales, con el fin de neutralizar al núcleo familiar. A ello se ha sumado la acción de las municipalidades, con sus programas deportivos y de recreación (misérrimas olimpiadas de menesterosos en polvorientas canchas de fútbol), con los operativos sanitarios del ejército y finalmente con los programas de empleo mínimo, que ofrecen a los cesantes la oportunidad de obtener un empleo pasajero y mal rentado (60 dólares mensuales), pero que dan siquiera un medio en estos estratos donde la miseria es absoluta, de comprar algunos alimentos.

Situadas en este contexto, las "ganancias" materiales que pudieran haber logrado los pobladores - y que sólo son tales haciendo la comparación con niveles inconcebibles de pobreza se relativizan y anulan; el más o menos de alimento existe asociado a un sistema de clientelismo represivo, pues la obtención del empleo mínimo requiere pruebas de buena conducta; el más o menos de vivienda (el cholguán sustituyendo al cartón) va asociado con las "erradicaciones" ejercidas por organismos fiscales, y consistentes en desarraigarlos del hábitat que ocupan, desmenuzarlos en unidades sociales menores a - menos peligrosas - y desperdigarlos en los cuatro costados de la ciudad, o aún fuera de ella, sin consideración alguna por los deseos y necesidades de los pobladores.

Demás está decir que a estas formas de manipulación y opresión debe sumarse la total carencia de medios para expresar sus opiniones o dar a conocer sus necesidades, fuera del teatral derecho a petitorio que, de acuerdo a un modelo monárquico, ofrece a los pobladores la posibilidad de "hablar" con las autoridades, cuando éstas se dignan visitar sus campamentos.

Desde el momento en que estos pobladores, debido a las condiciones materiales y psicológicas de opresión que viven, encontraron en las jornadas de protesta una válvula de escape, han sido redefinidos como elementos altamente peligrosos, y convertidos en blanco de la atención, no ya tanto de municipalidades o de la primera dama, como de las patrullas militares.

El horizonte que le está permitido avizorar al poblador se limita a la expectativa de encontrar un trabajo permanente, de recibir, algún día, una casa de ladrillos de 40 metros cuadrados - con agua corriente y baño - y de participar - oír y obedecer - en los organismos que para estos efectos crea la autoridad.

PERSONALIDAD CERCENADA

La mutilación radical del horizonte social y político vivido por el poblador en un nivel material cercano a la indigencia (una indigencia cuantitativamente menos mala que la de años pasados, en la voz de las cifras), es vivida en otros estratos poblacionales en términos que difieren de acuerdo a los diversos niveles de necesidades que son autoritariamente definidos, y en consecuencia, en función de los niveles humanos que son destruidos.

En su ámbito de miseria, al poblador le es ofrecida la oportunidad de convertirse en cliente vitalicio de una forma pauperizada de Estado Benefactor, al ciudadano de las clases medias, también cercenado en sus medios de expresión política, se le ofrece la alternativa de redefinir sus niveles más sofisticados de valoración y proyección personal de acuerdo a modelos de consumo que, además, no están efectivamente a su alcance.

Esta clase vive la paradójica situación de estar bajo el bombardeo publicitario de una sociedad de consumo, al mismo tiempo que sus disponibilidades económicas apenas le hacen posible mantener - o disminuir lo menos posible un standard de vida discretamente limitado a comer, movilizarse y pagar un alquiler.

A esta orfandad económica del auditorio de los llamados al glorioso consumo, cabe agregar la inoperancia de las organizaciones - privadas o no - encargadas de la entrega de servicios básicos, lo que convierte la carátula consumista del sistema en una bufonada: no contar, en ocasiones, con un adecuado suministro de agua, gas o fuerza eléctrica en los mismos momentos en que se publicita la imperiosa necesidad de cambiar la vida con un sistema de video, resulta, a lo menos, una flagrante contradicción, y muestra evidente de una incoherencia económica y valórica radical.

El sueño consumista, ahora marchito debido a la crisis, pretendió nada menos que revertir globalmente las tendencias que se avizoraban desde hacía muchos años en el universo cultural de los chilenos, y que manifestaban eficacia causal en niveles cada vez más populares. Chile disfrutó del privilegio, por muchos años, de ser el

país con más lectores del mundo hispano-parlante; de contar con un teatro desarrollado y capaz de llegar a los más lejanos rincones del territorio, y a las más humildes capas de la población; con una literatura crecientemente radical, desmitificadora y que encontraba eco en un estilo de pensamiento corrosivo: este es uno de los fundamentos de la observada - y temida - madurez política de Chile, de la inmensa proporción con que sus habitantes se alineaban no con caudillos sino con ideas y partidos.

Todo ello fue destrozado o mutilado, por medio de la muerte o expulsión de sus cultores, el cierre de sus organizaciones, la ilegalidad de sus manifestaciones: campos enteros del pensar fueron suprimidos; temáticas completas quedaron vedadas.

Los efectos de este ataque a la cultura se manifestaron, en los primeros años del régimen de forma del llamado "apagón cultural". determinación dada a uno de los aspectos más visibles del fenómeno: la pobreza franciscana en que se sumió la producción cultural en los niveles sacralizados de la creación artística.

De la mano con este lavado de cerebro a escala nacional emergió y creció un nuevo concepto de lo subversivo: esta palabra ha sido asociada no a actos dados sino a sospechas dadas, esencialmente cuando las tiene un aparato administrativo. Se es subversivo si alguna agencia formal o informal del régimen así lo considera; las críticas de éstas varían según la localización de ellas y del "elemento subversivo". En las poblaciones, la sospecha puede recaer sobre quien no recibe decremento, agitando banderitas, a las autoridades cuando descienden en helicóptero de los altos cielos, en "visita espontánea"; en otros círculos, la sospecha recae sobre quien, sistemáticamente, hace ver su disconformidad con el modelo de personalidad, pasivo-consumista

En el nivel escolar, la represión toma formas difícilmente creíbles, que abarcan desde las formas disciplinarias imperantes, que recuerdan el modelo regimental, a, lo que es peor, los contenidos de los currícula escolares.

EL UNIVERSO DEL TERROR ADMINISTRATIVO

La amputación del horizonte político, esto es, la capacidad para formular y perseguir proyectos super-individuales; el empobrecimiento absoluto de la esfera de los significantes culturales, reducidos en todos los aspectos concebibles (temáticas, posibilidades reducidas de editar, necesidad de permisos aún para un libro de poemas, etc.); el marasmo económico en que se ha terminado el experimento, con un

país endeudado de tal modo que no se avizoran posibilidades reales de crecimiento por muchos años; la liquidación de las organizaciones intermedias, tales como los gremios y sindicatos; la degradación paulatina de los sistemas básicos de infraestructura (caminos, red vial, vivienda etc.) son, sin embargo, sólo los aspectos más tolerables de la realidad crecientemente empobrecida en que se ha visto sumida la nación; todas esas dimensiones se ofrecen enmarcadas dentro de un sistema estatal de acciones y definiciones que podemos concebir como el dominio del terror organizado administrativamente.

No debe olvidarse que durante todas las fases por las que ha pasado el modelo imperante, incluso en su fugaz momento de bonanza, entre 1979 y 1981, el régimen ha cometido innumerables y persistentes atentados contra todo el rango de derechos humanos, razón por la cual, año tras año, el gobierno de Pinochet se ha ganado el regular repudio de la asamblea de las Naciones Unidas, con votaciones abrumadoras. Raptos, desapariciones, ejecuciones disfrazadas o relativamente públicas, torturas, relegaciones, expulsiones, han configurado día a día a lo largo de 11 años, una situación con un nivel de atrocidad crónicamente alto.

El significado que estas experiencias vitales han tenido para sus beneficiarios, las clases altas, es ambiguo; tal vez la mejor percepción de aquél haya sido entregada por el escritor Jorge Edwards en su novela. Los convidados de piedra, en la cual retrata a una burguesía sometida a la impotencia, al remordimiento y al miedo, desbordada por convidados armados no con piedras sino con fusiles, nuevos ricos del poder, bárbaros, implacables, que invaden los jardines de sus mansiones con los reflectores de los helicópteros, y que, de un modo invertido, negativamente, le muestran el inminente final.

La burguesía dispone, pues, de guardias pretorianas capaces de saciar su antigua aspiración a la aniquilación política de las clases medias y bajas, borrar del mapa el poder sindical, de convertir a las masas trabajadoras en mano de obra servil. Al mismo tiempo, esa soldadesca les quita su autonomía, los pisotea con la falta de modales de los recién llegados, los arrastra en sus errores, destroza las decoraciones culturales que adornaban su dominación social.

Peor aún, los desasosiega con el fantasma del después: ¿qué puede sostenerlos cuando esa maquinaria del poder se desarticule?

En desesperada búsqueda de una salida del callejón, la derecha chilena intentó, durante la llamada apertura, una recomposición política que le permitiera hacerle una

verónica a la historia, dejando de lado, sin efectos negativos, la dominación militar de Pinochet. Con horror han visto que no es posible, que las fuerzas de liberación que suponían liquidadas merced al trabajo sucio de los militares siguen vigentes, más fuertes incluso, con una percepción más clara y radical de sus metas.

En este contexto de necesidades vitales no satisfechas, de valores distorsionados y tampoco satisfechos, de represión y de miedo al futuro, consensualmente percibido con lo rasgos apocalípticos de una inevitable guerra civil, la conclusión no puede ser otra que la "calidad de la vida" ha degradado a tal punto que vastas porciones de la población han terminado por perder lo último que la gente pierde aún en las peores circunstancias: la esperanza.

Esta percepción, multiplicando el efecto material de las carencias económicas, produce, entre otros efectos mensurables, la altísima cuota de suicidios, drogadicción, desajustes mentales y agresividad que, de diversos modos, se observan en todos los estratos sociales.

Estos efectos, a su vez, realimentan esa negativa percepción, acrecentando su eficacia causal.

Frente a esta realidad, que ha alcanzado el nivel de la experiencia psicológica, de lo vivido y experimentado, ¿qué significado pueden tener cifras aisladas que demuestren "mejoras" en tales o cuales índices, considerados como la expresión misma del "nivel de vida"?